

Mundos diminutos

Estructuras arquitectónicas, escultóricas, objetos a medio camino entre el juguete y el artefacto mágico... son algunos de los elementos que reiteradamente ocupan los espacios pictóricos de Enrique Rodríguez. Detrás, casi siempre en un plano bien diferenciado, paisajes indefinidos, limpios, con un abierto aire fantasmagórico. Unos y otros planos: figuras y fondos, se insertan en la tradición de las representaciones simbólicas: desde *El Bosco* hasta *Füesli*, que en la contemporaneidad fueron encarnadas por el surrealismo, tendencia por tanto con la que el trabajo de este pintor establece lazos directos.

En efecto, no sólo el planteamiento formal de sus obras observa vínculos con determinados artistas surrealistas; por ejemplo con Yves Tanguy, como el también pintor leonés José de León, sino que hay numerosos iconos que remiten a aquéllos: la triple arcada (Giorgio de Chirico), los objetos estrambóticos (Francis Pi-

cabia), los pseudopersonajes (Joan Miró), los círculos (Man Ray). No pretendo sin embargo tildar de surrealista a Enrique Rodríguez, algo que estaría fuera de su tiempo y que implicaría además la asunción de patrones y comportamientos que obviamente no pueden sostenerse casi un siglo después de la instauración del movimiento. El artista ha construido un universo particular inspirado en las representaciones de aquel historicismo; y como tal ha creado un verdadero sistema de signos, o sea, un lenguaje. Su vocación narrativa queda patente en la multiplicación de elementos activados en cada una de sus escenas; y utilizo el término en su sentido más estricto, ya que cada composición parece el resultado de una preparación, de un microescenario en donde el artista desarrollase pre-

viamente su discurso. En él las máquinas, los objetos y los seres se ponen en acción, respondiendo sin duda con absoluto rigor a la representación. Cada uno de sus componentes conoce sin duda los movimientos que debe ejecutar; movimientos mecánicos, repetitivos que la pintura recoge en alguna de sus fases.

Por consiguiente las escenas pintadas por Enrique Rodríguez suscitan la sensación de pequeños ballets mecánicos, como el de *Schlemer*, pero a diferencia del creado por este último, sus protagonistas no son hombres, sino seres y cosas productos de su imaginación. Con ellos articula un ámbito paralelo que recrea el de su creador. Ultimamente los artefactos han ganado en magnitud y las alusiones paisajísticas tienden a desaparecer para instalar a aquéllos en un marco más estrictamente genérico. Pero en cualquier caso la realidad se reencarna en estos mundos diminutos.